

## Star Trek: de lo transgeneracional al mundo multipolar

Villanueva Mansilla, Eduardo

En mayo de este año se estrenó *Star Trek*, la más reciente película que tiene como tema las aventuras de la ficticia tripulación de la nave estelar Enterprise, situada en un futuro lejano e improbable pasado el año 2250; ejercicio de revitalización de una narrativa veterana. El éxito fue tanto en taquilla como en crítica, la que consideró como un logro que tras casi cuarenta y cinco años de su primera encarnación, se pudiera hacer una película entretenida que replanteaba por completo un conocido grupo de personajes y situaciones, sin por ello abandonar ni las formas ni el fondo de lo que hicieron, originalmente, exitosa a la narrativa.

La mencionada primera encarnación de *Viaje a las Estrellas*, como serie de televisión, fue emitida en 1966 tras primeros intentos en 1965. No es el caso de una serie que revive como nostalgia de décadas pasadas: durante estas más de cuatro décadas, se produjeron cinco series de televisión y once películas, más series de dibujos animados, novelas y novelizaciones, juegos de computadora y elementos complementarios varios. El resultado es un corpus significativo, que sigue siendo atractivo para muchas personas en el mundo entero, como el éxito de la película demuestra.

Pocas series de televisión, o en general pocas producciones de la cultura popular, han sido tan durables, y sobre todo han generado tanta variedad. Sin duda, la primera razón de esta vigencia es el negocio, puesto que la pléthora de *Viajes* ha sido rentable. Pero es inexplicable la duración sin el éxito y el éxito se manifiesta como popularidad, especialmente interesante cuando es transversal y longitudinal, entre varias series y a lo largo del tiempo. Esta popularidad puede tener razones muy distintas pero, como postula este breve ensayo, tiene un origen claramente discernible.

Aclaro desde ya: escribo como académico pero también como aficionado, como lo que se ha dado en llamar *trekker*, el que sigue con cierta dedicación la temática general de este corpus. La primera, lejano recuerdo infantil, la segunda, compañera de la adultez. No se trata solo de las manifestaciones exteriores del trekkismo: además de los videos, los libros, las maquetas y los muñecos, *Star Trek* me gustaba porque mostró siempre pertinencia a la hora de considerar problemas mayores. Fuesen las angustias morales de la década de 1960, fueran problemas más abstractos pero igualmente urgentes, como la vigilancia para mantener la libertad, o si vale la pena mentir y matar por un bien superior, *Trek* lograba ser pertinente porque alimentaba debates y eventualmente proponía, más de una vez de maneras poco elaboradas y a veces risibles, alguna forma concreta, relativamente cotidiana, de resolver grandes dilemas; esto además, envuelto en aparatitos increíbles, con argumentos atractivos y personajes entrañables.

En su primera versión, como serie montada sobre la pasión por los viajes espaciales de la década de 1960, *Viaje a las Estrellas* era primero una "cowboyada" espacial, una aventura donde los audaces llegaban más lejos y triunfaban gracias a sus virtudes no solo físicas, sino morales. La premisa tradicional se mantenía, con "el bueno siempre gana" como destino inevitable de cada episodio, pero con un giro interesante: los buenos discutían, argumentaban y finalmente demostraban ser buenos, no solo actuaban bajo la premisa que su bondad era indiscutible. Este quiebre, que quizá respondía a las dudas propias de una década confusa, hacía particularmente interesante la experiencia de ver a la tripulación, claramente estadounidense a pesar de su aparente diversidad, actuando a nombre de la humanidad toda.

Tanto las películas de la década de 1980 como las nuevas series de fines de los ochenta y comienzos de los noventa afirmaban con más claridad los principios éticos del comportamiento de los protagonistas: la Federación no tenía un ejército sino por obligación, puesto que la flota de la que el Enterprise formaba parte estaba dedicada a la exploración. Los conflictos se enfrentaban, solo en el último momento, con violencia; los motivos eran transparentes y las acciones claramente ordenadas. En la Federación se vivía un paraíso socialista, sin hambre, enfermedad, carencias significativas ni temores endógenos: las amenazas provenían de afuera, donde existía todo lo que la Federación no experimentaba, y donde además existía la opresión, las diferencias, la violencia gratuita, la lucha por el poder.

La expresión más lograda de esta moralidad aplicada a la exploración espacial era la Primera Directiva: no interferir en los asuntos de mundos que no están en condiciones de participar de manera igualitaria en intercambios con la Federación. No invadir bajo justificaciones de civilización, no aprovecharse de los débiles, no influir en una u otra dirección el curso de la historia ajena. Para evitarse problemas, sin duda, pero sobre todo porque es la manera correcta de actuar, la aplicación interplanetaria de la regla de oro: haz con los otros como quisieras que hagan contigo.

Pero desde mediados de los noventa en adelante, la narrativa comenzó a perder relevancia: los aparatitos dejaron de ser increíbles para parecer posibles; las angustias cotidianas tomaron formas más concretas, menos asibles desde el universo *Trek*. La combinación de tecnología con moralidad parecía no ser tan atractiva, tanto por un agotamiento producto del abuso de la fórmula, como porque la dualidad moral, tan aparente en el discurso hegemónico de los Estados Unidos, había perdido fuerza. Sin el imperio del mal soviético como opuesto, parecía menos fuerte la primacía moral de los principios que la Federación enarbolaba. No habían dejado de ser válidos, sino que sin un antagonista evidente ya no ocupaban el primer plano.

Efectivamente: vencidos los adversarios ideológicos reales, el discurso moral que alimentaba a *Star Trek* dejó de ser la justificación de la política exterior de los Estados Unidos; no se trata de proponer que efectivamente, la política exterior de los Estados Unidos haya sido siempre un ejemplo de moralidad, pues no es el caso, como muchos países del mundo lo experimentaron; pero incluso en sus errores, la justificación final de las acciones que tomaba el país del norte residía en su superioridad moral; la reserva moral que los norteamericanos reclaman constantemente existe en momentos de crisis parecía tener muy buena salud en la Federación.

La caída del muro y la desaparición del baremo moral que era la Unión Soviética cambio los términos de la conversación. Ya no se trataba de actuar por ser superior, sino por interés mundo y lirondo. La autoimagen de país fundamentalmente mejor, no solo en lo material sino principalmente en lo moral, no desapareció sino que pasó a un segundo plano. Una serie de televisión de la familia *Viaje a las Estrellas* se alimentaba de ese discurso para crear su propio universo narrativo, en donde los buenos, como se ha dicho, vencían dialógicamente, expresando por qué eran buenos, y hasta cierto convenciendo a cada adversario, si no de las ventajas de aceptar la guía ideológica federativa, de la esencial inmoralidad de sus propias posiciones.

Este pasar a segundo plano fue solo el inicio. Lo más grave vendría después, cuando quedó claro que las líneas bien definidas que hacían al mundo un enfrentamiento entre buenos y malos estaban cambiando. No es que la bondad desapareciera, sino que el mal tomaba otras formas. Una exigencia de dejar de lado la moralidad limitante para priorizar la razón de estado fue la principal respuesta de la caída de las Torres Gemelas, al menos desde el aparato estatal y de seguridad de los EEUU.

En la década actual, la idea de una federación ilustrada, justa y sin abusos, una versión multisolar de la mejor imaginación liberal que los Estados Unidos tiene de sí mismos, parecía ser no solo imposible sino absurda: ¿la moralidad de la Primera Directiva tenía sentido cuando el presidente de los EEUU partía un pelo en tres para justificar la tortura? ¿El predominio anglosajón, incluso con minoría a cargo como en *Star Trek Deep Space Nine* o *Voyager*, podía tener sentido con el avance chino y el peligro musulmán?

Ergo: el universo ilusorio pero ilusionante de *Star Trek* no solo quedó atrás porque el horizonte de una vida en el espacio se convirtió en el pedestre desplazamiento del transbordador espacial; o porque los teléfonos móviles hicieron a los comunicadores cosa cotidiana; la principal razón fue el fin del mundo unipolar bajo el embrujo del sueño americano, que hacía que la ingenuidad de la narrativa Trek quedara como un salto hacia paradigmas perdidos y enterrados.

Que el estreno de la nueva película coincida con un presidente estadounidense que ilusiona al mundo puede ser una buena señal. El paraíso liberal, sin pobreza monetarias ni morales, con certezas de bondad y rectitud, que desde sus inicios ofreció *Star Trek*, bien puede haber sido desde sus inicios ingenuo e inviable, pero cuando Barack Obama se permite revivir la noción que los EEUU son un ideal ético y no solo material, tal vez el discurso moralista, simplón de la Federación Unida de Planetas tenga espacio de nuevo. Entonces, aparte de la acción y los efectos, tal vez haya sitio para que volvamos a viajar a las estrellas, pensando en una galaxia no solo más entretenida, sino mejor.